

debió traerle la prudencia, la sabiduría de la conducta, se dejó arrastrar al abismo por la ambición de su mujer, la orgullosa Manlia Escantila, que anhelaba trocar la laticlavia senatorial de su esposo por el manto de púrpura imperial.

Bien que á menudo se hubiera comprado el imperio, aun no se había vendido en pública almoneda: Roma iba á ver ahora esta vergüenza. Para calmar á los pretorianos, había enviado Pertinax al campamento á su suegro Sulpiciano, prefecto de la ciudad. Este senador era también una de esas vulgares medianías que ignorando las obligaciones y responsabilidades del poder, no ven en él más que lo que brilla; y así cuando le enseñaron la cabeza de Pertinax, propuso en el acto á los asesinos comprarles á buen precio la púrpura empapada en la sangre de su yerno.

El rumor cundió como un relámpago y veis aquí que Juliano corrió á hacerle competencia. Juliano estaba en lo alto del muro; su rival Sulpiciano dentro, y competían pujando cada cual la postura del otro. Desde el muro del recinto al interior del pretorio iban y venían mensajeros ó corredores, ó mandaderos, diciendo alternativamente á los dos licitadores: «Aquel da tanto. ¿Cuánto das tú?»

De puja en puja fué subiendo el precio de la púrpura imperial hasta que llegó á 5.000 dracmas ó sean 20.000 sestericios, y equilibrándose las posturas, esperaba el soldado sin rematar la mercancía, bien seguro de sacar mejor partido. De pronto desconcertó Juliano á su adversario pujando audazmente de una vez 1.250 dracmas. Y anunciaba la puja gritando desde el muro, é indicaba la suma con los dedos para que lo entendieran los que no podían oír su voz, y arrojaba luego sus tablillas después de haber escrito



Reverso de una moneda de Didio Juliano llevando la leyenda: *Rector orbis* (Gran bronce)

en ellas que restablecería la memoria de Cómodo, mientras Sulpiciano vengaría la muerte de su yerno Pertinax. Sulpiciano no se atrevió á llevar más lejos su empeño. Cada uno de los pretorianos iba á recibir unos 6.000 francos de nuestra moneda.

«En otro tiempo, dice Chateaubriand, hubo de anunciar el senado la venta de un rincón del territorio de la república; era el lugar en que había acampado Aníbal.» Con razón encontramos indigna y vergonzosa esta escena. Sin embargo, hay que confesar que este donativo, cuyo origen conocemos, era una costumbre á que no hubiera podido sustraerse ningún emperador. Lo odioso aquí no es precisamente el donativo, la cantidad, sino la almoneda. Marco Aurelio había dado casi lo mismo; y en naciones muy libres, y aun muy altivas y celosas de su buen nombre, se compra también una parte del poder, sino á los pretorianos, que por fortuna no existen ya, á lo menos, á los electores.

Hecho el remate ó adjudicación, trajeron los soldados una escala para que pudiera bajar del muro el nuevo emperador y recibir los juramentos de sus nuevos guardias y las insignias imperiales. Hicieronle nombrar dos prefectos pretorianos, que ellos mismos eligieron, y luego abrieron las puertas y en orden de batalla y á banderas desplegadas condujeron al senado á su nuevo jefe, á quien saludaban con el nombre amenzador de Cómodo. Sin embargo, hicieronle jurar que no guardaría rencor ni mala voluntad á su competidor: les incumbía no desalentar á los que en situación análoga quisieran repetir una almoneda tan lucrativa para ellos.

Muchos senadores temblaban, á comenzar por nuestro

historiador Dion, que más de una vez había abogado por Juliano. Todos ellos amaban á Pertinax, encontraban ridículo á su sucesor y abominaban del tráfico indigno que se acababa de hacer. Pero los alrededores de la curia, la curia misma, todo estaba lleno de soldados, y hubo que poner buena cara al príncipe, dar por elocuentes las necesidades que pronunció en son de arenga y hacer las aclamaciones de fórmula.

Juliano se trasladó luego al palacio, donde encontrando la cena que se había preparado para Pertinax, hubo de burlarse de su sobriedad, desdeñando manjares tan sencillos y haciendo que se le sirvieran otros más suculentos, sabrosos y regalados. Después de cenar alegremente, se puso á jugar á los dados á algunos pasos del cadáver de su predecesor. Pero desde el día siguiente iban á turbar su triunfo y regocijo las tremendas inquietudes de un poder que vacilaba sobre base mal segura, y al cabo de algunos días vendrán á turbar su alma las angustias de una muerte inevitable y próxima.

Juliano no había contado con el pueblo, y el pueblo se sintió humillado en su dignidad por este ofensivo olvido. Con esto al presentarse el nuevo emperador en la curia el día siguiente, lo recibió la multitud con burlesca y despectiva gritería, hasta que tomando un tono más agrio vino á llamarlo usurpador y parricida. Al principio tomó Juliano la grita como un simple recuerdo, aunque asaz irreverente, y prometió dinero al pueblo. «No, no lo queremos, contestó la múltiple voz de la enojada multitud, con un desinterés desusado. No lo aceptamos de un usurpador.»

Entonces Juliano mandó á sus soldados cargar y resultaron muchos muertos y heridos, refugándose los fugitivos en el Circo. Dion afirma que permanecieron allí una noche entera y todo el día siguiente invocando á los dioses y lo que hubiera sido más seguro, á los jefes militares, sobre todo á Pescenio Niger ó Negro, que se estaba entonces bien lejos en el fondo de la Siria. Allí se les dejó estar y el impotente tumulto se apaciguó de suyo.

Entre tanto la fábrica de moneda acuñaba medallas representando al nuevo príncipe ceñido de laurel con esta pomposa leyenda: *Rector orbis*; en otras se grababa esta inscripción: *Concordia militaris*. Pero la verdad era que Juliano no poseía de todo el mundo más que el espacio ocupado por el palacio en que acababa de entrar, ni la concordia militar existía sino contra él. Las legiones de las fronteras acababan de saber lo que producía una elección de emperador y no estaban en dejar que los pretorianos se aprovecharan exclusivamente de los medros de este lucrativo tráfico. Poderosos ejércitos, compuestos de tres legiones cada uno, ocupaban la Bretaña y la Panonia Superior y la Siria al mando de los bien reputados generales, Albino, Severo y Pescenio Niger, y cuando allá se supo que en tres meses habían sido asesinados dos emperadores, y que el tercero había obtenido el imperio en vergonzosa almoneda, hubo un movimiento de indignación contra el senado que todo lo había aceptado. Este sentimiento se mostraba, sobre todo, en los campamentos del Danubio en que había mandado Pertinax y dejado honrosos y gratos recuerdos.

Entonces se volvió á ver lo que había acontecido á la muerte de Nerón. Dos de estos ejércitos, el de Panonia y el de Siria, proclamaron á sus respectivos jefes (abril, 193), y hubiera hecho otro tanto el tercero sin las hábiles negociaciones de Severo con Albino. Al mismo tiempo que Severo aseguraba la neutralidad del ejército de Bretaña, se granjeaba la asistencia de las legiones vecinas de las suyas; de modo que en pocos días, tuvo á sus órdenes casi la mi-

tad de las fuerzas militares del imperio (1). Había ya pues ganado su causa cuando tomó el camino de Roma, precedido de la declaración de que iba á vengar la muerte de Pertinax. Secretos emisarios habían hecho salir de la ciudad á sus hijos antes de que llegara la noticia de su elevación al imperio.

Juliano hizo que el senado lo declarara enemigo público y comenzó sus preparativos de defensa. Se removió la tierra para abrir un foso á los apaches de Roma; se llamó á los gladiadores de Capua, gente de saco y de cuerda, con quienes no se podía contar; se llamó igualmente á los soldados de la flota del Miseno, que hacían reír con su torpeza en manejar el dardo, y se armó en tren de guerra á los elefantes del circo, que daban en tierra con las torres que les ponían encima.

Hizo también Juliano fortificar el palacio imperial con barricadas ó trincheras en señal de la desesperada resistencia que había de oponer al enemigo hasta en Roma forzada. Los pretorianos hubieran debido dar ejemplo; pero estaban ricos, y habituados á vivir muellemente, pagaban para que les hicieran la faena, sin dejar de insultar al pueblo, cuyo terror eran. En prendas de su alianza con ellos, Juliano hizo matar á Leto y á Marcia, autores de la muerte de Cómodo. Al mismo tiempo consultaba á los hechiceros, hacía inmolarse niños para ver el porvenir en sus entrañas y enviaba asesinos para que mataran á Severo, senadores para corromper y desmoralizar su ejército, y al prefecto del pretorio para que pusiera en estado de defensa á Ravena, puesto avanzado de Roma, donde estaba estacionada la flota del Adriático.

Pero Septimio se guardaba bien y avanzaba rápidamente. Proclamado en *Carnuntum*, cerca de Viena, el 13 de abril, había debido emplear diez ó doce días en negociar con las legiones de la Alta Germania y en poner su ejército en movimiento. Sin embargo, llegó á las inmediaciones de la capital antes del 1.º de junio; de modo que sus tropas tuvieron que hacer, de Viena á Roma, en menos de siete semanas 266 leguas, ó sean seis leguas y media por etapa, sin detenerse un solo día.

Esta rápida marcha de un ejército numeroso entrando de improviso en campaña, prueba la abundancia de provisiones que la agricultura y el comercio podían instantáneamente reunir, el buen estado de los caminos y la sumisión de las provincias, es decir, la prosperidad y el sosiego del imperio durante las tempestades de Roma; prueba también la disciplina mantenida por Severo en aquellas legiones, á las cuales podía imponer tales fatigas, sin que hicieran ellas oír una queja ni la más ligera murmuración.

Esta rapidez desbarataba todo plan de resistencia. Severo pasó sin ningún obstáculo los Alpes, el Adige y el Po, entró en Ravena antes que el prefecto enviado de Roma y atrajo á su partido á los diputados del senado. Con esto, veía Juliano estrecharse más y más cada día el estrecho espacio en que le era permitido reinar y vivir todavía.

Las últimas noticias le hicieron caer en el mayor desaliento. Intranquilo, irresoluto, pedía consejos que el senado se guardaba muy bien de darle: hasta ofreció el imperio á Pompeyano, el cual se excusó diciendo que era demasia-

(1) «Las catorce legiones que proclamaron á Septimio Severo y á las cuales el nuevo Augusto mandó distribuir una moneda de feliz advenimiento, *donativum*, eran las diez legiones que defendían las provincias del Danubio y las cuatro que guardaban la frontera del Rin.» (Robert, *Les légions du Rhin*, p. 46). Celeuneer, *Essai sur la vie de Sévère*, cuenta 16 legiones. Esparciano dice que fué preciso violentar á Severo, *refugians*. Tomó sin duda esta palabra de la autobiografía del príncipe.

do viejo y tenía la vista muy débil. Reducido á la miserable esperanza de conciliarse á su poderoso adversario mendigándole la vida y una parte del poder, quería que, como en otro tiempo Vitelio, se enviaran las Vestales á interceder con Severo, y después que se le nombrara su colega (2).

Esta vez se prestaron los Padres á deferir á sus deseos, y Juliano envió al nuevo Augusto un senadoconsulto por medio de uno de los prefectos del pretorio. Sospechoso éste de meditar un asesinato bajo sus apariencias de paz, fué decapitado por orden de Severo, que rechazó desdeñosamente el senadoconsulto.

Sin embargo, para no ensangrentar á Roma con un gran combate, como sucedió en tiempo de Vespasiano, hubo de preparar en ella Severo un movimiento en su favor. Escribió á los magistrados, envió edictos que se fijaron en las esquinas de las calles y plazas, nombró un prefecto del pretorio, que reconoció Juliano temblando, é hizo que se anunciara á los pretorianos que les prometía el perdón, si entregaban á los asesinos del emperador Pertinax.



Concordia militaris (reverso de un gran bronce de Didio Juliano)



Didio Juliano laureado (gran bronce)

Tan cobardes como su jefe, prendieron los pretorianos á sus camaradas, los trescientos rebeldes del sangriento tumulto del palacio, y fueron sumisamente á decir al cónsul Mesala, que los culpables estaban ya aherrojados: era ya el fin.

«Luego al punto, dice Casio, nos convocó Mesala y nos expuso lo que los pretorianos habían hecho. Entonces decretamos la muerte de Juliano; dimos los derechos imperiales á Severo y los honores divinos á Pertinax.»

Juliano fué asesinado en su cama, sin decir más que estas palabras: «¿Qué mal he hecho yo?» (2 junio 193). Había ejercido el poder supremo sesenta y seis días (3) y no merecía haberlo ejercido más. Demasiado fué haber inscrito su nombre en la lista de los emperadores. La historia debe á su vez ser inexorable con esos aventureros que sólo quieren el poder por los goces que proporciona: la ambición sin talentos ni virtud, es un crimen.

III.—SEPTIMIO SEVERO.

GUERRAS CONTRA NIGER, ALBINO Y LOS PARTOS

¡Por fin encontramos un hombre! Pero este hombre, tan duro para los demás como para sí mismo, justificará su nombre con inexorables severidades, justiciero á la manera de Tiberio y de Luis Onceno.

Después de la extinción de la dinastía de los Césares, hemos visto emperadores italianos, españoles y galos: ahora les llega su turno á los africanos. Septimio Severo había nacido en Leptis el 11 de abril de 146, en el seno de una

(2) Para congraciarse con su rival, elevó á todos los honores al abuelo materno de Severo (Dion, LXXIII, 17).

(3) Dion, LXXII, 17 Zonar. (XII, 7) dice 60. Aurelio Víctor, Eutropio y la *Crónica* de Eusebio lo hacen morir en el puente Milvio, en medio de una batalla; prueba de un gran defecto de crítica por parte de estos autores.

familia condecorada desde larga fecha con la angusticlavia, sin que este honor le hubiera hecho abandonar la provincia en que tenía sus bienes y su influencia y donde había comenzado su ilustración. Sin embargo, uno de sus miembros había adquirido en Roma bastante notoriedad, en tiempo de Domiciano, para que Estacio le celebrara en sus cantos; sino que aquel Severo, bien diferente de este otro, merece del poeta el calificativo de *dulce* Septimio.

El futuro emperador permaneció hasta los diez y ocho años en la Tripolitana, instruyéndose en las letras griegas y latinas sin olvidar la lengua patria, cuyo acento conservó siempre; de modo que Roma iba á tener un emperador que hablaba la lengua de Anibal. No se avergonzaba de ello Septimio; muy lejos de ello, el general cartaginés era su



Moneda de Didio Juliano

héroe, á quien erigió una estatua de mármol. Muy crédulo de presagios, como todos sus contemporáneos, estaba también muy resuelto á ponerse en estado de responder á los halagos de la fortuna (1), lo que es el mejor medio de realizar los sueños.

En Roma estudió la ciencia del derecho con un jurisconsulto eminente, Q. Escévola. La gravedad de su carácter se reveló en el afecto que le cobró en esta famosa escuela á otro discípulo de Escévola, que andando el tiempo había de eclipsar á su maestro. Estas relaciones de los dos discípulos duraron toda su vida y la memoria de Papiniano protege entre nosotros la memoria de Septimio Severo.

Tres tíos de éste habían sido cónsules, y uno de ellos favoreció su cuestura y por consiguiente su ingreso en el senado (172). La carrera de los honores se abrió pues para él á los veintisiete años. No lo seguiremos en ella: este *cursum honorum* es bien conocido y sólo nos interesa el príncipe. Digamos solamente que fué cónsul *suffectus* en tiempo de Cómodo (189).

Mientras Juliano perecía en Roma, se acercaba Severo á la ciudad, y el senado envió á recibirlo hasta Interamna, á 20 leguas de Roma, una comisión de su seno compuesta de cien miembros para renovarle el juramento de fidelidad.

Severo los recibió rodeado de seiscientos de sus más devotos soldados, que tenían encargo de vigilar á los sospechosos. Introducidos los senadores en medio de este imponente círculo, tuvieron que dejarse registrar para que se viera que no ocultaban armas. Después de esta humillación, se les repartió, es verdad, una gratificación de ochenta monedas de oro (más de 2.000 francos), pero este primer encuentro del senado y del príncipe no inauguraba un reinado de mutua confianza; y ya se verá cómo los rivales de Severo encontrarán siempre partidarios entre los Padres Conscriptos.

Los asesinos de Pertinax estaban ya decapitados; á los demás pretorianos les ordenó el nuevo emperador que salieran á recibirlo hasta un lugar indicado donde las legiones de Iliria los rodearon en silencio mientras otras tropas iban por distinto camino á ocupar la verdadera ciudadela

(1) *Omnibus sortibus nactus* (Esparciano, *Sever.* 2), fué acusado en tiempo de Cómodo de haber consultado á los caldeos si llegaría al imperio (*Ibid.* 4).

de la Roma imperial, su campamento fortificado entre las puertas Colina y Viminal. Seguro entonces de tenerlos á su merced, subió Severo á su tribunal y les dirigió la palabra en terrible son de enojo: echóles en cara su perfidia para con el último príncipe y después les mandó entregar las armas, sus tahalíes y hasta los cinturones.

Aquellos inútiles soldados antes tan orgullosos y envanecidos con su traje de guerra, que tantas veces habían hecho temblar al príncipe, al senado y á Roma, se encontraban vencidos sin combate. Degradados entre las burlescas risotadas de los legionarios, escarnecidos por el pueblo que veía reducidos á la simple túnica á aquellos temidos matones, se alejaron buscando despechados dónde ocultar su vergüenza. Sobre esto se conminó con pena de muerte á los que, pasados algunos días, se encontraran aquende la centésima columna miliaria. De vergüenza se suicidaron algunos.

Estaban pues disueltas las cohortes pretorianas. Pero el nuevo emperador se dará prisa á reconstituirlas sobre otra base distinta: antes se reclutaban sobre todo en Italia (2); ahora, á título de adelanto y de servicio de honor, se llamarán soldados escogidos de todas las legiones. No estaba mal dispuesto: la guardia de los soberanos modernos está formada así. Y puesto que de un siglo atrás daban los provinciales emperadores á Roma, era también natural que les dieran pretorianos. Severo empleará las nuevas cohortes en todas sus guerras, pero les dejará el carácter de guarnición permanente de Roma: el peligro pues será el mismo. Veremos si, como se ha supuesto, aumentó á cuarenta mil su número.

«A las puertas de la ciudad, escribe Dion Casio, echó pie á tierra Severo y se despojó de su traje de guerra para entrar en Roma. Pero lo seguía todo su ejército. Fué el más magnífico espectáculo que jamás he contemplado. Por todas partes se veían coronas de flores y laurel, y las casas, adornadas con tapices de varios colores, resplandecían con el fuego de los sacrificios y el esplendor de las antorchas. Los ciudadanos, vestidos de blanco, daban al aire entusiastas vítores y aclamaciones y los soldados avanzaban en orden marcial como si acompañaran un triunfo. Por lo que hace á nosotros, marchábamos á la cabeza del cortejo con las insignias de nuestra dignidad (3).»

Al mismo tiempo agentes del príncipe, dispersos y mezclados en los grupos populares, referían todos los signos que había tenido en su vida de su grandeza futura. Los soldados son fatalistas y tienen necesidad de serlo: Severo creía á pie juntillas en los presagios, pero quería sobre todo que se creyeran los que le eran favorables. En las *Memorias* de su vida, que se han perdido, había referido con mucha complacencia los signos celestes, los sueños y oráculos que le habían anunciado su fortuna, y los hizo representar en cuadros que expuso en Roma, á fin de mostrar al mundo que los mismos dioses habían revelado y por consiguiente querido, el advenimiento de la nueva dinastía imperial.

Bien hizo Dion en darnos como un triunfo la entrada de Severo en Roma: fué, en efecto, la victoria definitiva, y esta vez ya sin velo, del poder militar; pero consignemos, en honor del príncipe, que fué una victoria sin lágrimas: sólo pocos perecieron, y éstos verdaderos culpables.

El carácter del nuevo reinado se reveló muy pronto. Por

(2) Y en España, Macedonia y el Nórico (Dion, LXXIV, 2).

(3) Dion, LXXIV, 1. Menos inútil para este reinado que para los anteriores, este autor será ahora nuestra fuente principal. Gibbon ha cedido demasiado al placer de utilizar la retórica de Herodiano para adornar su narración.

más que Severo se mostró muy civil en el senado, por más que declarara que tomaría por modelos á Marco Aurelio y á Pertinax, por más que prometiera en son de juramento solemne que no se aplicaría en su reinado la pena de muerte contra ningún miembro del alto cuerpo, la licencia de los soldados probaba lo que valían estas palabras. Conociendo éstos que eran los vencedores del día, trataban á



Pira de Pertinax (gran bronce)

Roma como ciudad conquistada: se establecían en los templos, bajo los pórticos y en los palacios, como en las tabernas, tomaban de las tiendas todo lo que apetecían, y cuando se les reclamaba el importe indicaban la espada con cínica insolencia. Mientras Severo, rodeado de sus amigos armados, arengaba á los Padres Conscriptos en la curia, se presentaron en tumulto á reclamar del senado 10.000 sestericios por plaza. Era lo que habían recibido los soldados de Octavio, y los de Severo creían haber ganado una nueva batalla de Accio, que los hacía dignos de la misma recompensa. Aunque Severo les había dado ya mucho, á duras penas pudo conseguir que se contentaran con 1.000 sestericios.

Algunos días después se celebraron los funerales de Pertinax. Severo había ordenado que se le edificara un santuario, se le erigiera una estatua de oro en el Circo y que se invocara su nombre en todas las rogativas y en todos los juramentos. En el foro se construyó un edificio con peristilo adornado de marfil y oro, y en medio, sobre un lecho cubierto de oro y púrpura, la imagen de Pertinax en traje triunfal. Como si sólo hubiera estado dormido, un joven y hermoso esclavo aventaba las moscas de su rostro de cera con plumas de pavo real.

«El príncipe y nosotros, los senadores, con nuestras mujeres, todos en luctuoso traje, vinimos á colocarnos bajo los pórticos y comenzó el cortejo. Primero pasaron las estatuas de los romanos que se veneran desde los tiempos más antiguos; coros de niños y hombres que cantaban un himno fúnebre; bustos de bronce representando todos los pueblos sujetos con sus trajes nacionales. Detrás iban los bustos de los que se habían distinguido por sus descubrimientos y las banderas de los gremios; luego la infantería, la caballería, los caballos del Circo; en fin un altar dorado guarnecido de marfil y piedras preciosas.

»Después de este pomposo desfile, subió Severo á la tribuna de las arengas y leyó un elogio de Pertinax, discurso que interrumpimos á menudo con nuestras aclamaciones, dejando estallar nuestros gemidos y sollozos, cuando hubo concluído.

»Los magistrados en ejercicio levantaron entonces el lecho funerario y lo entregaron á los caballeros para que lo llevaran al Campo de Marte, donde se había preparado la hoguera. Algunos de nosotros echaron delante; otros se golpeaban el pecho; otros cantaban cantos fúnebres al melancólico son de las flautas. El emperador el último del cortejo.

»La pira en forma de torre de tres pisos y adornada de oro, de marfil y de estatuas, remataba en un carro dorado que conducía Pertinax. Colocado en ella el lecho mortuario con todo lo que es de uso poner al lado del muerto, Severo y los parientes de Pertinax besaron su imagen. Entonces los magistrados con sus insignias, el orden ecuestre, la caballería y la infantería, desfilaron al rededor de la pira (*decursio*); luego la encendieron los cónsules, y un águila

se escapó de ella remontándose al cielo. Así fué puesto Pertinax en la categoría de los inmortales (1).»

Dion es un mal escritor; sin embargo, le hemos tomado esta página como cuadro de las costumbres romanas. Como se ve en estas exequias imperiales, los senadores hacían el triste papel de lloronas alquiladas en los funerales ordinarios. Aquel pueblo grave gustaba de los gritos, de los gestos, de la expresión violenta del dolor y de la alegría, aunque no fueran sinceros estos afectos; y sus descendientes conservan aún este rasgo de carácter nacional.

De los dos competidores del nuevo príncipe, Albino y Niger, el uno fué retenido en la inacción por engañosas promesas, y el otro, á la cabeza de nueve legiones y de numerosos auxiliares, se había hecho reconocer por toda el Asia romana, y en las ciudades griegas, hacía fabricar monedas, con leyendas que le prometían la victoria y la eternidad, *Aeternitas Augusta et Invictio Imperatori*. También había puesto un pie en Europa con su ocupación de Bizancio y sus tropas marchaban sobre Perinto.

El respeto de los adversarios no era una virtud antigua: los emperadores rivales se insultaban, como los héroes de Homero antes del combate. «No es más que un bufón de Antioquia,» había dicho Severo de su rival; pero en el fondo lo estimaba mucho (2) y lo tenía por un adversario temible.

Niger, en efecto, soldado de fortuna, había pasado por todos los grados, mereciendo los elogios de Marco Aurelio, de Cómodo y de Severo mismo. Era un celoso guardador de la disciplina: un día hizo lapidar á dos tribunales que se habían procurado lucros sobre la comida del soldado, y sin los ruegos del ejército hubiera hecho decapitar á unos soldados que hubieron de robar una gallina. Otra vez pidieron vino sus legionarios. «Agua tenéis y basta,» les contestó enérgicamente. Jamás ningún soldado á sus órdenes exigió de los provinciales, leña, aceite, etc. En Roma, donde se recordaba que era italiano, tenía bastantes partidarios, y sus buenas maneras le habían ganado estimación y afecto donde quiera que ejerció mando. Dion presta sin



Pescenio Niger laureado (Moneda de oro)



La Eternidad Augusta (3)

duda á la multitud sus sentimientos y los de una parte del senado, cuando representa al pueblo, después de una reyerta con los soldados de Juliano, llamando á Niger en auxilio de la república. En todo caso, los deseos del pueblo-rey no valían por una buena espada, y si fueron expresados irritaron á Severo sin servir á Pescenio.

Se ha reprochado su indolencia al gobernador de Antioquia y de las flacas provincias de la Siria; pero aun antes de que su rival hubiera salido de Roma, rápidas y hábiles medidas le habían asegurado el Asia y Egipto, abierto la Europa, garantizado la neutralidad de la Armenia, los socorros de los príncipes y jefes árabes de la Mesopotamia y

(1) Dion, LXXIV, 4 y 5.

(2) Esparciano (*Nig.* 4 y 5) afirma que Severo, durante una enfermedad al principio de la guerra, hubiera querido, si moría, que lo sucediera Niger, y que después de sus primeros triunfos, todavía le ofreció *tutum exilium si ab armis recederet*.

(3) Reverse de un denario de Pescenio Niger. Media luna y siete estrellas.

hasta alianzas allende el Tigris (1). No había pues olvidado en las delicias de Dafne la terrible partida que estaba resuelto á jugar.

Severo había encargado á sus tenientes que organizaran la resistencia en la Tracia, en Macedonia y Grecia y una legión enviada al Africa guardaba este granero de Roma. Sin embargo, no tenía momento que perder. Así, treinta días después de haber entrado en Roma, salió otra vez de

la ciudad eterna «para ir á poner orden en las provincias orientales.»

Dejaba tras sí al senado en desconfianza, pero al pueblo satisfecho de fiestas y con la esperanza de una abundante cosecha. Hacía un mes que sus tropas se encaminaban hacia la Propóntide, habiendo llegado á tiempo para salvar á Perinto y rechazar al enemigo sobre Bizancio, cuyo bloqueo formó sin demora Mario Máximo. Habiendo fraca-



Pescenio Niger (Busto del Capitolio, sala de los Emperadores, núm. 48)

sado las negociaciones abiertas por Niger, el resto del ejército pasó el Helesponto en las flotas de Rávena y del Miseno, sin que Niger le disputara el paso, y ganó, cerca de Cícico, la primera victoria, y la segunda en las inmediaciones de Nicea, donde Niger combatió en persona.

Cinco siglos antes, había conquistado Alejandro, no lejos de aquellos sitios, el Asia Menor. La doble derrota de Niger, lo rechazó, como lo había sido Darío, después de la batalla de Granico, más allá del Tauro. En las gargantas de las montañas, en las Puertas Cilicianas, levantó unas trincheras que creyó él inexpugnables; pero un torrente crecido en una violenta tempestad hubo de abrir en ellas una brecha, por donde pasaron los ilirios. En la tercera acción empeñada cerca de Iso, las legiones asiáticas, á pesar de las ventajas del número y de una posición do-

minante, no pudieron sostener el choque y perdieron veinte mil hombres.

Niger huyó á Antioquía y ya iba á pedir asilo á los partos, cuando fué sorprendido y decapitado. Su cabeza llevada al campamento de Bizancio fué expuesta á la vista de los sitiados, los cuales no se intimidaron por ello (194). Como en casi todas las batallas entre las legiones de Europa y de Asia, éstas habían sido vencidas.

Parece ser que Severo no estuvo presente en ninguno de estos encuentros, no por temor, sino por confianza en sus generales, y sin duda, á fin de quedar al alcance de los correos de Galia y de Italia, que podían traerle la noticia de alguna tempestad formada en el Occidente.

Muchas ciudades de Oriente se habían mezclado en esta guerra civil para satisfacer pasiones locales y aquellos celos inveterados que atestiguan toda la historia. Así, Nicea, Laodicea, Tiro y Samaria habían tomado partido por Severo, porque Nicomedia, Antioquía, Beruti y Jerusalén se habían declarado por su rival. En la Palestina, los judíos

(1) El rey de los partos le había prometido auxilios; el de Atra le envió arqueros; los adiabenes y algunas tribus independientes se declararon por él (Espancario, Severo, 9; Herodiano, III, 1).

y los samaritanos se habían batido con encarnizamiento. En Occidente Albino va á buscar ciento cincuenta mil bretones, españoles y galos que siguieran su causa, mientras otros seguirán la de Severo.

Así sucedía siempre que se dividía la autoridad imperial. Sin Roma ni la unidad del mando, hubiera vuelto á caer el mundo en el caos; verdad que no se debe perder nunca de vista en la historia del imperio romano y que es su justificación ante la historia.

Vencido Niger, fueron castigados sus partidarios y recompensados los que le habían sido hostiles: estaba en el orden habitual y en el espíritu de todos los tiempos. Antio-

quía que había fabricado medallas en honor del *imperator* asiático, perdió sus privilegios y su título de metrópoli, que heredó Laodicea y conservó durante todo el reinado de Severo. Y esta misma ciudad, Tiro, Heliópolis ó Baalbeck y otras obtuvieron el título de colonias con el *ius italicum*.

Con todo eso, Severo perdonó á los judíos que se habían pronunciado por Niger; pero Naplusa perdió su derecho *civitas*, mientras Samaria lo graba la categoría y los privilegios de una colonia romana.

El sitio de Bizancio, que duró cerca de tres años fué tan famoso como los de Tiro y de Cartago, de Rodas y Jerusalén. Dion describe el poderoso recinto de la ciudad, sus torres guarnecidas de ingenios formidables, su puerto cerrado por una cadena y cuyo ataque hacía difícil la corriente del Bósforo, sus navíos de doble gobernalle que cambiaban de rumbo sin evolucionar, caían de repente sobre las galeras romanas de que parecían huir y las echaban á pique al golpe de su espolón. La superioridad de la defensa sobre el ataque era entonces tan grande, que aquella ciudad, rodeada de un ejército numeroso y amenazada por todas las flotas del imperio, se resistió tenazmente sin que hubiera medio de forzarla. Fué preciso esperar que el hambre hiciera flaquear á tan bravos defensores. Gran número de ellos perecieron el último día al intentar evadirse; los jefes y soldados fueron pasados á cuchillo, las murallas arrasadas, y Bizancio, despojada de su rango de ciudad libre, vino á ser un simple villajo del territorio de Perinto. Un compatriota de Dion, el ingeniero Prisco, había dirigido tan famosa defensa y fué como los demás condenado á muerte; pero Septimio lo indultó para agregarlo á su servicio.

Los amigos del pretendiente participaron de su desgracia, como hubieran participado de su fortuna. Niger no hubiera sido más clemente á buen seguro, porque después de la batalla de Cícico, mandó que entraran á saco sus jinetes mauritanos ciudades que habían abrazado la causa del vencedor. A lo menos Severo, fiel aun á su juramento, no hizo morir á los senadores afiliados á la causa de su enemigo, aunque sí fueron despojados de sus bienes y relegados á las islas. Otros que habían suministrado dinero tuvieron que pagar un cuádruplo de multa. Dion acusa á Severo de haber suscitado delatores y condenado inocentes. Su texto, muy mutilado en este lugar, no permite discutir el punto,

que por otra parte no hubiera sorprendido á un pueblo habituado desde muy larga fecha á las venganzas políticas.

Pero hay que sacar otra conclusión del rasgo siguiente. El senador Casio Clemente, citado ante el tribunal del príncipe, dice en su defensa: «Yo no te conocía á tí más que á Niger. Hallándome comprometido en su causa, obedecí á la necesidad, no para combatirte á tí, sino para derribar á Juliano. Yo perseguía pues el mismo fin que tú. Si más adelante no abandoné al caudillo que los dioses me habían dado, tú tampoco hubieras querido que ninguno de los que están contigo para juzgarme, te hubiera hecho traición pasándose á tu rival. Examina bien la causa en sí misma. Todo lo que decidas contra mí, se volverá contra tí y tus amigos, porque la posteridad dirá de tí que nos hiciste un crimen de una conducta semejante á la tuya.»

Prendado Severo de esta gallardía, le confiscó sólo la cuarta parte de sus bienes, semi-justicia que pareció una grande indulgencia.

Durante la guerra, se le había oído decir que habría perdonado á Niger, si éste hubiera prevenido su derrota con una abdicación; y no puede asegurarse que no hubiera cumplido su compromiso, porque después de su victoria, se limitó á desterrar á la viuda y á los hijos del desgraciado príncipe; en Roma respetó sus estatuas y pomposas inscripciones. «Si estos elogios son verídicos, contestó á los que le aconsejaban que los borrara, tanto mejor para nosotros; así se sabrá qué enemigo hemos vencido.»

En fin, concedió amplia amnistía á los soldados y de este modo atrajo crecido número de ellos, que se habían refugiado entre los partos.

No era pues Severo el hombre sin entrañas que la historia habitual nos pinta: hasta acabó por hacer grandes favores á Bizancio, que durante tanto tiempo tuvo en amago su fortuna con su porfiada resistencia. Su posición era también demasiado bella para que un príncipe inteligente la olvidara en sus miserables ruinas. Tendióle su poderosa mano para ayudarla á levantarse, edificó termas, un templo al Sol, otro á la Luna, ó sea á Apolo y Diana, un anfiteatro, un hipódromo etc., teniendo cuidado, dice un antiguo, de comprar á los propietarios las casas y los jardines que necesitaba para las construcciones. Sobre esto, le concedió subvenciones de su tesoro militar y le permitió tomar el



Moneda de la colonia de Laodicea (1)



Moneda de Antioquia en nombre de Pescenio Niger (2)

nombre de su hijo. Hasta la muerte de Caracalla, Bizancio fué la ciudad de Antonino.

El juez implacable de los aliados de Niger se hacía el bienhechor de los súbditos reconciliados.

Filostrato da otra prueba de su espíritu de justicia, y también fué un bizantino quien resultó favorecido. El sitio de la ciudad duraba aún, cuando uno de sus habitantes, actor famoso, mereció en los juegos anfiteatricos el pre-

(1) SEPTIMIA COL. LAVD. METROPOLIS en cuatro líneas, dentro de una corona de olivo. Reverso de una moneda de bronce, de Laodicea, en tiempo de Geta.

(2) AVTOK. KAICAP. Γ. ΠΕΚΚΕ. ΝΙΡΡΩ Δ., al rededor de la cabeza laureada de P. Niger. Reverso: ΠΡΟΝΟΙΑ ΘΕΩΝ, la Providencia de los dioses y el águila explayada (Moneda de plata).